

D. VICENTE PEDRAHITA.

D. VICENTE PIEDRAHITA.

ORACIÓN.

(EN EL DÍA DE MI NATALICIO.)

En este día, con la aurora, al mundo
Me mandaste, Señor:
Yo te bendigo, Espíritu fecundo,
Supremo Crëador.

Dichoso ó infeliz, Luz de la vida,
Mi voz te cantará;
Regocijada el alma ó abatida,
Siempre te ensalzará.

En el dolor, que ilustra y santifica,
Bendigo tu bondad;
En la fe, que enaltece y vivifica,
Y en la augusta verdad.

Bendito Tú, que el llanto has bendecido
Y la tribulación;
Tú, que muestras el cielo prometido
Al pobre en su aficción;

Tú, que inspiras al flaco fortaleza,
Al soberbio humildad,
Al avaro desprecio á la riqueza,
Al impío piedad;

Tú, que hiciste atractiva la inocencia,
Celestial el candor,
Inflexible y severa la conciencia,
El deber bienhechor;

Que enseñas á morir por la justicia
Y la eterna verdad,
Y al mundo dictas en tu ley propicia,
Sublime caridad.

Bendito Tú, que impones la esperanza
Y nos mandas amar;
Tú, que nos dices que la gloria alcanza
Quien sabe perdonar ;

Bendito Tú, que has dado al sentimiento
Inefable fruición;
Al noble y elevado pensamiento
Fuego é inspiración ;

A los puros y ardientes corazones
Alteza y beatitud;
Al alma, de tu Ser revelaciones,
Y gloria á la virtud.

D. JULIO ZALDUMBIDE.

D. JULIO ZALDUMBIDE.

LA MAÑANA.

Leve cinta de luz brilla en Oriente,
Como la fimbria de oro
Del ropaje del sol resplandeciente;
Y es la señal del ya vecino día.
El pueblo de las aves, que dormía
En el regazo de callada noche,
Rompe el silencio en armonioso coro,
Y un cántico levanta al que infalible
Su cotidiano sol al mundo envía.
Raya el alba; las sombras que, esparcidas
Por el aire, tejían silenciosas
El tenebroso velo
En que yacía envuelto el ancho suelo,
Ciegas ante la luz y confundidas
Se rompen, al ocaso retroceden,
Y el espacio y el cetro al día ceden:
Recoge el manto la vencida noche,
Y aparece triunfante,
Entre aplausos y voces de victoria,
En su inflamado coche,
El rey del cielo espléndido y radiante.

Cunde al punto la luz de la mañana;
Se alegra el valle, el monte resplandece;
La niebla que en la noche cubrió el suelo

Se rompe fugitiva y desvanece,
Ó en ondeantes penachos sube al cielo.
Bulle el viento en los árboles sonoro,
Brilla en las verdes hojas el rocío,
Murmura el arroyuelo
Entre las flores dulce, y más osado
Rumor levanta el impetuoso río;
Allá resuena la floresta umbría
Con el alegre y bullicioso coro
De pájaros cantores,
Y todo el aire se hinche de rumores.

Despiertan la cabaña y la alquería;
Del humo del hogar al cielo sube
La doméstica nube,
Y la vista recrea
El afanar del laborioso día:
Ya el labrador empuña el corvo arado,
Y alegre con la idea
De la futura henchida troje, rompe
La faz inculta del fecundo suelo,
Poniendo la esperanza y el cuidado
En el labrado surco y en el cielo;
Se abre el redil, y saltan las ovejas,
Y se van por el campo derramadas,
La tierna grama que mojó el rocío
Paciendo regaladas:
Allá se agita la afanosa siega,
Y la dorada espiga
Al corvo diente de la hoz entrega
El precioso tesoro,
Galardón del sudor y la fatiga.

¿En dónde estás ahora,
Oh noche, ciega noche engendradora
De fantasmas medrosas?
¿Dónde llevaste ya tu triste luna,
Y tu corte de estrellas silenciosas?
Este es el sol, que el alto cielo dora;

Este es el sol, que viste
La Natura de espléndidos colores;
Pintadas brillan á su luz las flores,
Á su luz resplandece
La vívida esmeralda de los montes,
Y aspirando en su luz Naturaleza
De inmortal vida el poderoso aliento,
Rejuvenece su inmortal belleza.

Este es el sol, á cuya luz el mundo
Sacude el sueño que durmió profundo
En tu regazo, oh noche; y resonante
Gira de nuevo en su eje de diamante,
Robusto, juvenil, de vida lleno,
Como en aquel primero día, cuando
El ciego caos fecundó tu seno,
Y echaste dél afuera
La creación entera,
Que giró en los espacios rutilando.
¡Salve, oh tú esplendoroso
Rey de los otros orbes, sol fecundo!
Mi voz con la del mundo
«¡Salve! te dice, genitor glorioso
De toda vida y todo sér que encierra
Por cuanto abarcas en tu luz, la tierra.»

¡Cuán de otra suerte, oh sol, te saludaba
Yo, cuando de los hombres
En el común tropel iba mezclado,
De la ciudad habitador hastiado!
Marchito el corazón, el alma fría,
Cegada ya la fuente
Del entusiasmo, y el estéril tedio
Consumiendo la flor de mi existencia,
Mi juventud amada.

Tal era yo aquel tiempo, y tal vivía;
Y entonces maldecía
Tu refulgente luz, tu luz sagrada,

Porque ella no traía
Placer al alma, ni al dolor remedio.
¡Ya ese tiempo pasó!.... Ahora que el cielo,
Propicio al fin, mis votos ha cumplido,
Dándome horas de paz, serenos días,
Húndase en las tinieblas del olvido
Esta de cruel dolor época fiera.

No vengan sus recuerdos
Á acibarar mis dulces alegrías:
Regenerado estoy, y no quisiera
Memoria conservar de lo que he sido.
Á ti, Naturaleza, esta que siento
Inmensa vida rebosar en mi alma,
Á ti la debo sola; tú eres fuente
De vida inagotable: el pecho triste
Que se marchita al abrasado aliento
De mundanas pasiones,
Bañado en ti, renacerá al momento
Al perdido vigor, y nuevamente
Á dulces volverá palpitaciones;
El infelice que bebió del mundo
El cáliz de amargura emponzoñado,
Su labio ponga en tu raudal fecundo,
Y beberá el placer!.... Naturaleza,
Así en mi pecho tú nuevo infundiste
Gozo, del todo extraño á mi tristeza;
Por ti mi herido pecho desmayado
Vuelve á latir, y en nuevo ardor se inflama,
Y por ti, en fin, mi espíritu cansado,
Que aborreció la vida, ya la ama!

LA TARDE.

Con majestad sublime el sol se aleja,
Y el extendido cielo
A las arrebozadas sombras deja,
Que ya le cubren con umbroso velo.

¡Qué solemne misterio! ¡qué profunda
De paz y de oración grave tristeza!
Ya el sol llega al ocaso,
Y la noche le sigue á lento paso.
En duelo universal Naturaleza
Se despide de aquel que la fecunda:
Triste el cielo se enluta, gime el viento,
El mundo eleva unisono lamento.

Ya el rumiador ganado lentamente
Desciende por la húmeda colina;
Cansado el labrador deja la era,
Y á su rústica choza se encamina.
¡Qué misterios el aura pasajera
Suspira y pasa! El ave en sordo vuelo
Por las ramas se mete y busca el nido.
Sólo se oye el zumbido
De los insectos, que quizás lamentan
Desde la hierba del humilde suelo
La partida del claro rey del cielo.

¡Adiós, sol refulgente!
Yo también uniré mi voz humilde
Á la voz elocuente
En que un doliente adiós te envía el mundo.
Tú no puedes parar, ni más despario
Puedes seguir tu arrebatado giro;
La mano omnipotente
Á recorrer te impulsa sin reposo
Las vastas soledades del espacio,
Esos serenos campos de zahiro;
Pero mañana volverás glorioso
Á darnos vida y luz, astro fecundo...

De la meditación la voz me llama
Á vagar solitario en la arboleda:
Agreste soledad, mudo silencio....
Triste sombra deseo. El aura leda
Duerme en las flores, y la blanda grama

El ruido apaga de mis pasos lentos.
Como las sombras cunden de la umbría
Noche en el cielo, así en el alma mía
Cunden ya dolorosos pensamientos;
Y una hoja que desciende,
Algún eco fugaz, una avecilla
Que errante y solitaria el aire hiende,
La leve nubecilla
Que viaja á reclinarse allá en el monte
Ó á perderse lejana
En el vago horizonte:
Todo me causa una emoción profunda,
Me aprieta el alma una indecible pena,
Y de improviso mi mejilla inunda
De inesperado llanto amarga vena.

¡Melancólica tarde, tarde umbría!
Desde que pude amar me unió contigo
Irresistible y dulce simpatía.
Tú fuiste siempre confidente mía;
Tú fuiste, tú, testigo
De mis secretos é íntimos deseos
Y locos devaneos;
Tú de mi corazón, tú de mi alma
El seno más recóndito conoces:
¿Qué lágrima vertí que tú no vieras?
¿Exhalé alguna vez triste suspiro
Que vagando en tus auras no le oyeras?
¿Qué secreto agitó nunca mi seno
Que yo á tus mudas sombras ocultara?.....
¡Qué de sueños de amor y de ventura,
Qué de ilusiones halagüeñas viste
En mi pecho formarse,
Con esperanzas halagarme el alma,
Y para siempre en humo disiparse!.....

Todo esto ¡ay infelice! me recuerda
Esa tu sombra triste,
Y sin poder valerme huye la calma

Del centro de mi espíritu agitado,
Y el dique rompe en férvido torrente
El llanto de improviso desatado.....

¡Es preciso olvidar! Córrase el velo
Del olvido sobre ese de amargura
Pasado tiempo. Á mi dolor consuelo
Sola tú puedes dar, alma Natura:
Yo por ti el mundo abandoné engañoso,
Para buscar en ti dulce reposo.....

¡Oh tardel estas heridas mal cerradas
Que se abren y remueven mi tormento,
Pasará el tiempo, y las verás curadas.
Nunca de hoy más halagará mi oído
De pérfida ilusión el dulce acento,
Ni buscaré la flor do está la espina.
Quiero vivir contento
En esta dulce estancia campesina;
Aquí cavaré tumba á mis dolores;
Y ajeno de ambición, de envidia ajeno,
Aquí (si tanto diérame la suerte)
Como tu sombra espero cada día,
Esperara sereno
Esa de la existencia tarde umbría,
Anunciadora de la obscura muerte.

AL SUEÑO.

En otro tiempo huías
De mis llorosos ojos, sueño blando,
Y tus alas sombrías
Lejos de mí batías,
El vuelo en otros lechos reposando.

Á aquel lecho volabas
En que guardan la paz las mudas horas,

Y el mío abandonabas,
Porque en él encontrabas
En vigilia á las penas veladoras.

Donde quiera que miras
Lecho revuelto en ansias de beleño,
En torno dél no giras;
Antes bien te retiras,
Pues de las penas te amedrenta el ceño:

Y así huyes la morada
Soberbia de los reyes opresores,
Y envuelto en la callada
Sombra, con planta alada
Á la chozuela vas de los pastores.

Del infeliz te alejas;
Con su dolor en lucha tormentosa
Solitario le dejas:
No atiendes á las quejas,
Y sólo atiendes á la voz dichosa.

Enemigo implacable
De cruel dolor y criminal conciencia,
De voz inexorable,
Y compañero amable,
Y amigo de la paz y la inocencia.....

Si en otro tiempo huías
De mis cansados ojos, sueño blando,
Y las alas sombrías
Lejos de mí batías,
El vuelo en otros lechos reposando,

Ahora al mío te llegas
Solicito, sin fuerza y sin ruido;
Ya á mis ojos no niegas
Tu beleño, y entregas
Mis sentidos á un breve y dulce olvido.

Las que no se apartaban
Penas insomnes de mi lado, oh sueño;
Las que siempre velaban,
Esas que te ahuyentaban
Con su torvo, severo y triste ceño,

Volaron ya: despierta
Miras en su lugar la paz ansiada:
Libre quedó mi puerta,
Y ya no ves cubierta
De espinas dolorosas mi almohada.

Mi conciencia no grita
Para ahuyentar tu asustadizo vuelo,
Ni la ambición me irrita,
Ni mi pecho palpita
En pos de alguna vanidad del suelo.

Desde este mi sereno
Retiro escucho el rebullir del mundo,
Á su tumulto ajeno,
Como si oyese el trueno
Que retumba en remota mar profundo;

Y digo: ya agitaron
Las ondas de esa mar mi barco incierto:
Los vientos le asaltaron,
Sus velas se rasgaron;
Mas llegó salvo á este abrigado puerto.

EL BOSQUECILLO.

Bosquecillo frondoso,
Que á las orillas del sonante río
Abrigo delicioso
Me das en los calores del estío;

Cuando yo te contemplo,
Mientras abrasa el aire el mediodía,
El misterioso templo
Te finge del placer mi fantasía.

Los festivos amores
Están en torno tuyo revolando,
Y en tu lecho de flores
Se recuesta el deleite suspirando.

Y al que en tu seno amparas
El numen del secreto dice aério:
«Sacrifica en mis aras;
Mis sombras te prometen el misterio.»

Y acuden presurosas,
Dejando las lejanas arboledas,
Las aves codiciosas
De la promesa de tus sombras ledas.....

Mas yo soy solitario,
No tengo como el ave compañera;
Me llama á tu santuario
Más grata voz, si menos hechicera:

¡La voz del ocio blando!.....
Aquí me tiendo en la mullida alfombra
De tu césped, gozando
La frescura del río y de tu sombra.

Y miro el curso lento
Que en la pradera tuerce el sesgo río,
Y á su música atento
Me pierdo en un sabroso desvarío.

Ya ver se me figura
Al dios de los pastores y ganados
Buscando la hermosura
Dê Eco por los valles y collados:

La ninfa se le esconde
Huyendo sus impúdicos amores,
Y tan sólo responde
Con fugitivo acento á sus clamores;

Porque ella aun deplora
Los desprecios de Adonis afligida,
Y en las cavernas llora
En aério y vago acento convertida.

Dentro las claras linfas
Del río, de cristal miro un palacio:
Cerniendo están sus ninfas
En cribas de esmeralda, oro y topacio;

Y entre ellas el sagrado
Numen está del río, muellemente
En la urna reclinado,
Ceñida de limosa alga la frente.....

Todo se anima, todo
Cobra voz, cobra vida y movimiento,
Y por extraño modo
Todo lo puebla el vago pensamiento.

¡Oh campiña agradable!
¡Qué dulcísimo encanto mío eres!
Séate favorable
El claro sol, propicia el alma Ceres!

Flora te dé fragancia;
No destruya tus galas el invierno;
Pomona la abundancia
Derrame en ti de su colmado cuerno.

Y á ti, bosque frondoso,
Que á las orillas del sonante río
Abrigo delicioso
Me das en los ardores del estío,

Propicio á tus verdores
Te sonría apacible el claro cielo;
Frutos te den y flores
Las estaciones en su raudo vuelo.

PERÚ.